

Isak Dinesen

La máscara

¡Bienvenida, bienvenido a Máscaras! Mi nombre es Edmundo Mantilla y seré tu anfitrión. Máscaras es un podcast dedicado a indagar sobre existencias m1ñq un granja de cacao. Como los faisanes que simulaban tener un ala rota para llamar tu atención cuando sus polluelos estaban cerca, los kikuyu, nombre de los nativos que ella más conoció, y Karen simulaban en frente de alguien. Ellos actuaban para los blancos; Karen, para los hombres, dueños en aquel entonces de la literatura. Por eso, al igual que Mary Anne Evans o George Eliot, la baronesa Blixen asumió un seudónimo masculino: Isak Dinesen.

Si tomamos por un momento en serio los estereotipos respecto a lo masculino y a lo femenino, resulta curioso que el más masculino de los escritores admirase sin reservas a Dinesen. Ernest Miller Hemingway recibió, en 1954, el Premio Nobel de Literatura. En su discurso de aceptación dijo: «Me habría quedado más contento si este premio se hubiese otorgado a una magnífica escritora, Isak Dinesen».

Karen Blixen nació el 17 de abril de 1885 en la casa solariega de Rungstedlund, al norte de Copenhagen, en Dinamarca. Su sobrenombre era Tanne. Por la geometría, que tanto necesitan las vidas humanas, podemos identificar una figura triangular. Su madre fue Ingeborg Westenholz, perteneciente a una familia burguesa de mercaderes. El nombre de su padre era Wilhelm Dinesen, quien fue, según la *Enciclopedia Oxford de Mujeres en la Historia del Mundo*, un soldado, propietario de tierras, escritor y parlamentario danés.

Sin embargo, las figuras pierden ángulos, líneas, modifican su perfil, merodean las asíntotas sobre ellas, sin nunca tocarlas, y a las tangentes solo las une un momento, precioso, pero que nunca regresará. El 28 de marzo de 1895, cuando Karen tenía casi diez años, su padre se quitó la vida. Wilhelm Dinesen había vivido durante agosto de 1872 y diciembre de 1873 en Wisconsin con los indígenas chippewa. Cuando regresó a Dinamarca, le diagnosticaron sífilis y cayó en una depresión muy honda. Se

ahogaba. Concibió un hijo fuera del matrimonio con su doncella Anna Rasmussen. Pero había hecho la promesa a su suegra de permanecer fiel a su mujer. No soportó su propia desidia y con una soga y su propio cuerpo formó un péndulo humano, sus piernas balanceándose, por fin libres de la dictadura de su dueño.

Mil disculpas si la narración tétrica resulta, si mi tono a la imaginación insulta, pero el péndulo es figura circular, que a los hermanos y hermanas de Karen permite recordar. Eran cinco como los ejes de una rueda, y su madre sola, en el centro, una moneda: ella era la cara visible y su marido, la cara oculta, aunque Karen las recordaría por igual en su vida adulta.

Uno de sus hermanos, Thomas Dinesen, recibió en la Primera Guerra Mundial la Cruz Victoria, condecoración más alta al valor frente a los enemigos, concedida por los británicos.

A diferencia de sus hermanos, Karen fue educada en el hogar por su abuela materna y su tía, Mary Westenholz, con quien sostuvo intensas discusiones acerca de los derechos de las mujeres y las relaciones entre mujeres y hombres. En sus primeros años había sido influenciada por la vida de su padre. Había sido una vida relajada y amante del campo. Recuperó esa satisfacción con su hermana pequeña Ellen. Le contaba historias para dormir que estaban inspiradas en cuentos populares daneses y sagas islandesas. Años después escribiría algunos relatos con el seudónimo de Osceola, el nombre del perro de su padre que los acompañaba en numerosos paseos.

Sí, Isak Dinesen fue rica. Viajó a un internado en Suiza con el propósito de aprender francés. Estuvo en academias de artes en Copenhagen. Visitó Londres, París y Roma en viajes de estudios. Además, ¿han escuchado de todas las aventuras con gemelos? Un amigo me contó una vez la historia de dos gemelas asesinas. Bueno, la historia de Karen no es tan tétrica, pero sí sorprendente. Amaba desde muy pequeña a su primo segundo Hans. Sin embargo, se comprometió en matrimonio con el hermano gemelo de Hans, el barón Bror Blixen-Finecke. El 14 de enero de 1914, se casaron... en Mombasa, una localidad de Kenia, donde el barón Bror había estado con anterioridad satisfecho con los favores de varias mujeres masai. Era un portador de sífilis y, tras el primer año de casados, se confirmó el contagio de su esposa. Tras seis

años de matrimonio, se separaron y la baronesa Blixen se quedó con la granja de café que habían iniciado.

En África, Karen halló la libertad que había anhelado. Como expresó en su célebre libro *Memorias de África*, que publicó en 1937, «todo lo que se veía estaba hecho para la grandeza y la libertad, y poseía una inigualable nobleza». Allí aprendió a cazar y tenía muy buena puntería cuando disparaba con su rifle. Es curioso, sin embargo, que cuidase de muchos animales. Por un tiempo, tuvo una cría de antílope a la que llamaron «Lulú». Un día, pasaba por la carretera que va a Nairobi cuando unos niños de la tribu kikuyu llamaron su atención. Vendían una pequeña gacela, del tamaño de un gato, con ojos grandes, tranquilos y púrpuras. Ella decidió pasar de largo, pero durante la noche se despertó sobresaltada con una sensación de terror. En ese preciso instante, envió a todos sus criados a buscar esa criatura. A la mañana siguiente, se la llevaron. Los años del vínculo con «Lulú» fueron los más felices, según escribió.

«Ahora yo sé una canción de África -pensaba-, de la jirafa y de la luna nueva africana tendida de espaldas, de los arados de los campos y de los rostros sudorosos de los recolectores de café, ¿sabrá África una canción sobre mí? ¿Vibrará el aire en la llanura con un color que yo he llevado, o los niños inventarán un juego en el cual esté mi nombre, la luna llena proyectará una sombra sobre la grava del camino que era como yo, o me buscarán las águilas de Ngong?» **Isak Dinesen, *Memorias de África*.**

Según Dinesen, es la idea de necesidad la causante de que la libertad desaparezca: prisa y tensión, necesidad de escribir o reescribir una carta, de tomar un tren, de ir a trabajar, de disparar los rifles. Es entonces cuando el sueño se desmorona para transformarse en una pesadilla, el más pobre y vulgar de los espejismos. África, a diferencia de Europa, era un sueño o lo más parecido. Allí sentía una felicidad que no pertenecía al mundo iluminado de las mañanas. Pervivía la magia de las palabras. Quien era llamado con el nombre de un animal, paulatinamente se identificaba con ese animal: terminaba por reconocerse en él. Sobrevivían los mitos, sus caminos oscuros e intrincados. En otoño se celebraban las ngomas, danzas iluminadas por fogatas.

Las noches en la granja de café podían ser muy solitarias, y a veces parecía que los *kikuyu* vivían en una realidad distinta. No temían la muerte, ni los imprevistos. En realidad, su manera de comprender lo divino era a través de lo que no es previsible. Valoran más en sus líderes la imaginación que la constancia. Por eso, cuando la baronesa empezó a escribir en una temporada en que las lluvias no llegaban, los nativos se reunieron en torno a ella para verla escribir. Sin lluvias todo color y todo olor desaparecían. Así comenzó a crear cuentos fantásticos y de hadas, sin otro fin que ocupar las tardes y posponer las decisiones importantes. Tenía un criado muy peculiar, llamado Kamante, que un día le preguntó si ella creía que podía escribir por sí misma un libro. Karen no tenía una respuesta. Kamante le dijo: «Yo no lo creo». Él tan solo veía páginas sueltas, mientras que los libros verdaderos eran tomos que si los levantas y sacudes no se destrozan.

Karen sí consiguió crear libros: publicó en primer lugar *Siete cuentos góticos*, en 1934, aunque tuvo muchos problemas para encontrar una editorial y fue con esa recopilación que surgió su seudónimo: Isak Dinesen. Pese a los inconvenientes, sus cuentos triunfaron, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos y posteriormente en Dinamarca. *Memorias de África*, cuyas páginas se imprimieron por primera vez en 1937, es su obra más conocida. En 1942, Isak Dinesen entregó a la imprenta un nuevo volumen de cuentos titulado *Cuentos de invierno*. Por cierto, existe una historia interesante sobre *Cuentos de invierno*. Dinesen lo terminó de escribir en la época de la Segunda Guerra Mundial. La situación no era la idónea. Blixen viajó a Estocolmo y se reunió con empleados de las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos. Los estadounidenses no podían enviar a su país objetos personales, de modo que se negaron a llevar el manuscrito. Sin embargo, los británicos accedieron. Pero solo cuando la guerra terminó fue cuando Blixen recibió noticias de su libro: varios militares admiraban sus cuentos; los habían leído en una colección de libros titulada *Armed Services Editions*.

Además de cuentos, escribió una novela histórica titulada *Vengadoras angelicales*. Pero siempre se consideró una narradora en el sentido de *Las Mil y Una Noches*. El que es quizá su cuento más reconocido, *El festín de Babette*, formó parte de su colaboración con la revista norteamericana *Ladies' Home Journal*. Como dato curioso, la adaptación cinematográfica de este cuento es la película favorita del papa Francisco y de un amigo, por quien por primera vez conocí de esta escritora. Cuando

llegó el año 1957, había expectativas de que recibiera el Premio Nobel de Literatura. Lo ganó Albert Camus. Sin embargo, no todo fue malo porque Dinesen publicó *Últimos cuentos*. Al año siguiente se imprimió la colección *Anécdotas del destino*. Finalmente, en 1960 terminó de escribir *Sombras en la hierba*, una nueva memoria sobre sus años en África, pero desde una perspectiva distinta: explora los estereotipos de los europeos sobre los africanos.

¿Quién fue Karen Blixen? ¿Quién, Isak Dinesen? La primera fue la escritora danesa, la segunda fue la escritora para el público angloparlante. Recientes estudios filológicos revelan que la una no era solamente la traducción de la otra. Blixen escribió la mayoría de sus obras primero en inglés y luego las traducía al danés, pero asumiendo la traducción como una labor de nueva creación: reescribía pasajes, adaptaba escenas, modificaba personajes, añadía material.

Contar cuentos

«Cabalgar, disparar el arco, decir la verdad». Cuenta Heródoto que esa era la formación que recibían los jóvenes persas. Es también el sentimiento que recorre la prosa del libro *Memorias de África* de Isak Dinesen. Las mañanas limpias y sosegadas se abren en cada párrafo para mostrar el encanto de una granja al pie de unas colinas, cerca de una reserva masai, en Kenia. Pero, ¿por qué señalar esas fronteras inventadas cuando las tribus, los antílopes y los leones las ignoran? Aunque la motivación honda de Dinesen fuera contar sin engaño, el ritmo galopante de su ficción, la tensión de la cuerda antes del disparo, nos dicen que quien narra historias no hace otra cosa que suspender el mundo de forma momentánea, encantarnos, y ese arte del encantamiento es más verdadero que todas las verdades.

En *Memorias de África*, Dinesen lamenta que los europeos ya no sepan el arte de escuchar un relato. Se han acostumbrado a impresionarse por los ojos. Sus oídos son sordos a los encantos de la palabra y para ella, que toma a Sherezade como su espíritu afín, es una tragedia, de la misma manera que el auge de la burguesía lo fue para la aristocracia. De acuerdo con la *Enciclopedia Oxford de Mujeres en la Historia del Mundo*, Karen Blixen recupera el sentido aristocrático a través de los temas del romanticismo, el heroísmo y el honor. Además, para su obra es central la reflexión

sobre el sentimiento de alienación en la vida burguesa moderna. Pese a sus temas y a que su lenguaje podía ser descrito como tradicional, cuando no decimonónico, Dinesen era capaz de salir de los límites del realismo y adentrarse en terrenos mágicos, muchas veces inexplorados hasta entonces, con gran destreza en el manejo de distintos estilos y la subversión de las convenciones.

En un pasaje muy ordinario de uno de los capítulos de *Memorias de África* se permite la siguiente descripción:

«El aire de la mañana temprana en las tierras altas africanas tiene tan tangible frialdad y fresca que una y otra vez se te ocurre la misma fantasía: no estás en tierra, sino en aguas oscuras y profundas, caminando por el fondo del mar. Quizá ni siquiera te movías: el flujo de fresca que llegaba a tu rostro podían ser las profundas corrientes marinas y tu automóvil, como ciertos perezosos peces eléctricos, estaba muy quieto en el fondo del mar, mirando frente a sí con los ojos fijos de sus faros, dejando que la vida submarina pasara a su lado. Las estrellas son tan grandes porque no son estrellas verdaderas, sino reflejos, que brillan bajo la superficie del mar. Junto a tu camino en el fondo del mar, aparecían cosas vivas, más oscuras que sus contornos, saltando y metiéndose entre las largas hierbas, como cangrejos y pulgas de playa que se abren paso en la arena. La luz es más clara y al alba el fondo del mar se alza hacia la superficie, como una isla recién creada. Torbellinos de olores nos pasaban con rapidez: el fresco y exuberante olor de los olivos, el olor salino de la hierba quemada, un súbito y sofocante olor a podrido» **Isak Dinesen, *Memorias de África*.**

Dinesen convierte la anécdota en un arte de la emoción, porque todas sus historias provienen de una existencia vivida con intensidad, con gusto por la comida, por volar en avión, por cultivar, por dirigir los destinos de sus empleados en la granja, por recibir a sus amigos y brindarles una cena magnífica. No puede decirse que Karen Blixen confiase en las palabras, puesto que por varios motivos usó seudónimos y siempre mantuvo abierta la interrogante de si sus escritos eran o no autobiográficos. Sin embargo, como quien se arriesga a subir una montaña, Dinesen es valiente en su escritura y transmite ese valor a cada oración. Por eso, su prosa se siente más cercana a los relatos orales y a los cuentos populares que el romanticismo tanto apreció. También, sus palabras a veces llevan consigo vestigios de los certámenes poéticos de los griegos y de las largas noches en que escuchan a los rapsodas.

Como los griegos, Dinesen creía en el destino: un destino que podía encontrarse en las historias, en los mitos fundacionales. Quien fuera infiel al sendero que le correspondía, se olvidaría a sí mismo y estaría condenado a vivir sin sentido alguno. De allí que la opulencia no sea desperdicio. En el famoso cuento *El festín de Babette*, una criada de origen francés recibe una elevada suma de dinero y se empeña en brindar una cena exquisita para varias personas del pueblo noruego al que las circunstancias la han conducido. Sirve en la casa de las hijas de un pastor protestante, quienes resultan ser tan rígidas en una fe sin contenido que han perdido todo encanto en sus existencias. Lo mismo sucede con el resto de invitados. Pero Babette, con su generosidad de artista, con su realización efímera en la cocina, consigue devolver la vitalidad a lo que se hallaba petrificado.

Como afirma el narrador de uno de los *Siete cuentos góticos*, la verdad es que somos marionetas. Lo más importante no es, como se pensaría, cortar las cuerdas que nos atan a la voluntad del titiritero, sino conocer con claridad y cumplir la idea del autor. Esa es la felicidad: llevar a cabo la idea hasta sus últimas consecuencias.

«El orgullo es la fe en la idea que Dios tuvo cuando nos creó. Un hombre orgulloso es consecuente de esa idea y aspira a realizarla. No lucha por la felicidad o por la comodidad, que quizá sean irrelevantes con respecto a la idea que Dios tiene de él. Su realización es la idea de Dios, plenamente lograda, y está enamorado de su destino. Al igual que el buen ciudadano encuentra su felicidad en el cumplimiento de su deber hacia la comunidad, así el hombre orgulloso encuentra su felicidad en el cumplimiento de su destino.

La gente que no tiene orgullo no es consciente de que Dios haya tenido una idea al crearla, y a veces te hacen dudar de que haya existido una idea, o de que si ha existido se perdió, ¿y quién la encontrará de nuevo? Acepta como realización lo que otros ordenan que lo sea, y toman su felicidad, e incluso su propio ser, de la moda del día. Tiemblan, y con razón, ante su destino.

Ama el orgullo de Dios por encima de todas las cosas y el orgullo de tus vecinos como algo propio. El orgullo de los leones: no los encierren en los

zoológicos. El orgullo de sus perros: no les dejen engordar. Ama el orgullo de tus compañeros y no les permitas la autocompasión.

Ama el orgullo de las naciones conquistadas y déjales honrar a sus padres y a sus madres.» **Isak Dinesen, *Memorias de África*.**

Puede sentirse en cada relato de Karen Blixen su inspirada sonrisa, con la cual intenta animar, porque en dar comodidad y alegría encuentra su propia felicidad. Es la felicidad del que entrega a los demás una historia risible de sí mismo con el fin de que una tarde sombría se ilumine. Es la felicidad de señalar una estrella cuando la noche ha desplegado su manto oscuro y las ironías de las hienas parecen encerrarnos.

Las narraciones de Dinesen son hospitalarias. Nos miran y acarician con ternura. En *Memorias de África*, cuenta numerosos episodios de rescata de niños, animales y exploradores. Siente un intenso afecto por Kamante, un niño kikuyu, hijo de uno de sus aparceros. Su cuerpo, cuando lo conoció, era pequeño y delgado. Tenía varias llagas abiertas, que cubrían todas sus piernas. Sus ojos carecían de brillo. Karen se ocupó personalmente de sanar sus heridas. Cuando se dio cuenta de que el niño no mejoraba, lo llevó al hospital.

El cuento “El niño soñador” relata la historia de un pequeño que ha sido separado de su familia y que desea con intensidad ser encontrado. Pese a su vulnerabilidad, el anhelo que habita en su corazón lo hace fuerte, como el Prometeo de un poema de Shelley, que desafía a las arpías que lo devoran: «El dolor es mi elemento y el odio es el suyo. Pueden hacerme pedazos. No me importa». Por eso, el niño llega a la mansión de los Vandamm. Los soñadores, sus sueños, no deben ser subestimados. Con esa premisa, Dinesen se atreve a proclamar la necesidad de valores como la belleza, la elegancia y la grandeza. Siente como una injusticia y una crueldad que existen personas que no conozcan esas virtudes (no que no las tengan, sino que las ignoren).

Karen Blixen era consciente de que la belleza, la elegancia y la grandeza necesitan de la fealdad, la vulgaridad y la bajeza para brillar. Uno de sus relatos cuenta la historia de una familia holandesa, muy conocida por su moral intachable, pero que siempre necesitaba de una “oveja negra” en la cual concentrar todas sus manchas.

Curiosamente, solo supo ver de forma parcial esa realidad: la de que todo éxito se levanta sobre una pila de cadáveres, infamias y mentiras. Es comprensible, pero no justificable. Participó en cacerías de leones y no dejó de ver como natural la servidumbre de los nativos africanos. Existen momentos de lucidez en que se permite el juego irónico de pensar que, desde la mirada de un *kikuyu*, las actividades de los blancos resulten absurdas o insignificantes.

La posibilidad de encontrar una voz distinta, muchas veces disidente, es crucial. Para Dinesen, la verdad de las historias depende del contacto humano. El paisaje, los animales, las plantas, todo halla su sentido si hay una persona que se detenga en ello y si esa persona puede compartirlo con otras. Como espejos, como máscaras, los cuentos dicen la verdad sobre nosotros mismos, de la misma manera en que las mujeres y los hombres que encontramos en nuestra existencia se reflejan en nuestro espíritu y nuestro espíritu, en el de ellos.

Sin embargo, Dinesen percibe un eslabón que necesita desprenderse de la cadena con que atamos las partes del caos que denominamos realidad. Existen personas, animales y plantas que deben morir. Le desconcierta descubrir que, si se mata a una iguana, los encantadores pigmentos de su piel se oscurecen y pierden toda su magia. Mira unas jirafas que partirán a Europa y les desea la muerte para que su figura distinguida no sea humillada. Su personaje más admirado, Babette, sacrifica su regreso a Francia por una última cena, espléndida, en Noruega. De la misma manera, contempla con tristeza el transporte de flamings, animales delicados, que no soportan las duras condiciones del viaje en barco; ellos, que esbozan las más difíciles figuras con sus cuerpos.

La propia autora estuvo signada por la pérdida: murió su padre, no pudo casarse con el hombre que adoraba, su matrimonio falló, después de muchos de habitar su granja tuvo que marcharse y volver a Dinamarca. África, continente que para ella representaba la conservación de algunas virtudes perdidas en Europa; África, su hogar; África, donde sentía la libertad, donde lo apropiado para hombres y mujeres no estaba restringido por la vida burguesa. Había concedido mucha importancia a las múltiples oportunidades que le brindaba el continente:

«[...] no son las visiones, sino la actividad lo que te hace sentirte feliz, y la alegría y la gloria del aviador es el vuelo en sí. La gente que vive en las ciudades vive triste y esclavizada porque en todos los movimientos sólo conoce una dimensión; sigue una línea, como si fuera conducida por una correa. La transición desde la línea hasta el plano en dos dimensiones, cuando paseas por un campo o por un bosque, es espléndida, es una liberación de los esclavos, como la Revolución Francesa. Pero en el aire eres llevada a la completa libertad de las tres dimensiones; después de largas épocas de exilio y de sueños, el añorante corazón se lanza en los brazos del espacio» **Isak Dinesen, *Memorias de África*.**

El fin

En una entrevista que concedió en 1957 al *New York Times*, a la pregunta de si considera su propia vida como una cuento, respondió que sí, pero en un sentido que solo ella podía descifrar y en una forma inacabada, pues todavía no había muerto. Solo Dinesen sabe quién fue en verdad Karen Blixen y Blixen conoce a Isak Dinesen. O quizá ninguna de las dos mujeres comprende a la otra. Quizá son tan lejanas a pesar de compartir un mismo cuerpo. Quizá el sentido no puede ser completado ni descifrado. Es posible que no buscase la verdad de sí misma, sino la versión más interesante, ¿y quién podría juzgarla?

Dinesen estuvo enferma durante toda su vida. Ese era su precio a pagar por ser artista. No solo fue afectada por la sífilis que contrajo en su matrimonio, también existe la hipótesis de que la envenenaron las dosis de mercurio que tomaba para contrarrestar su enfermedad. Cuando regresó de África, tenía ictericia, anemia y una exposición tóxica al arsénico. Su pelo había comenzado a caer con un ritmo semejante al de las lluvias de marzo. Fue entonces cuando decidió usar sombreros o turbantes.

A consecuencia del consumo de arsénico, se debilitó y enflaqueció mucho. Intentó ganar peso, pero no lo consiguió. Lo que sí obtuvo fue una úlcera a causa del consumo de tabaco y de lo poco que comía durante algunos días. En 1946 y en 1955, le realizaron una operación en el nervio simpático de la región torácica, pues sufría de constantes y agudos dolores. Sin embargo, su padecimiento continuo.

Visitó Estados Unidos en 1959 y por aquel entonces se la notaba muy enferma. Apenas pesaba 63 libras. Era frágil y recibía de forma constante inyecciones intravenosas. Pese a eso, su actividad no disminuía, sino que aumentaba. Era como si se negara a reconocer la inmovilidad que poco a poco se apoderaba de su cuerpo. A través de las participaciones en foros y proyectos, conseguía que su vitalidad siguiera en pie. El anhelo de libertad no menguaba. Quizá por eso, formó una personalidad excéntrica y controvertida. Se decía que solo tomaba champagne y solo comía ostras y uvas. Parecía decir con cada acción: «Mi vida, no te dejaré marchar hasta que no me hayas bendecido; entonces te dejaré».

Dinesen tenía algo sobre lo cual los demás no sabemos nada. Podemos leer sus cuentos, sus memorias y sus cartas. Pero su vocación de artista es ilegible. Permanece como una fuerza mágica que anime su escritura. Si quisiéramos identificar su origen y sus propiedades, desaparecería, como las flores que se marchitan sin agua. Ponía todo su empeño en hacer felices a sus lectores. Lo hacía lo mejor que podía con cada palabra. Sin embargo, ella no sentía felicidad, sino que podía percibir hasta el último de los afilados cuchillos de la vida. Ella misma no sabía qué portaba. Se detenía a escuchar el viento en las mañanas africanas, y también en las danesas. Oía un murmullo, pero no sabía distinguirlo. Quizá sentía que, si resolvía el enigma sobre sí misma, no habría otro giro con el cual sorprenderse, otra circunstancia inesperada. Sentía, cuando llegaba el final de su vida, el peso de la vejez, su real dimensión. Comprendía que se acercaba el día en que los hilos que la movían serían cortados. Se hundiría en lo profundo del cielo africano, alcanzaría el cielo como nunca antes había imaginado, a una altitud en la que dejaba de ver para solo dejarse llevar por la imperiosa necesidad de admirar el momento, grande y hermoso. Y ella y sus historias serían inmortales.

Creado por Edmundo Mantilla.